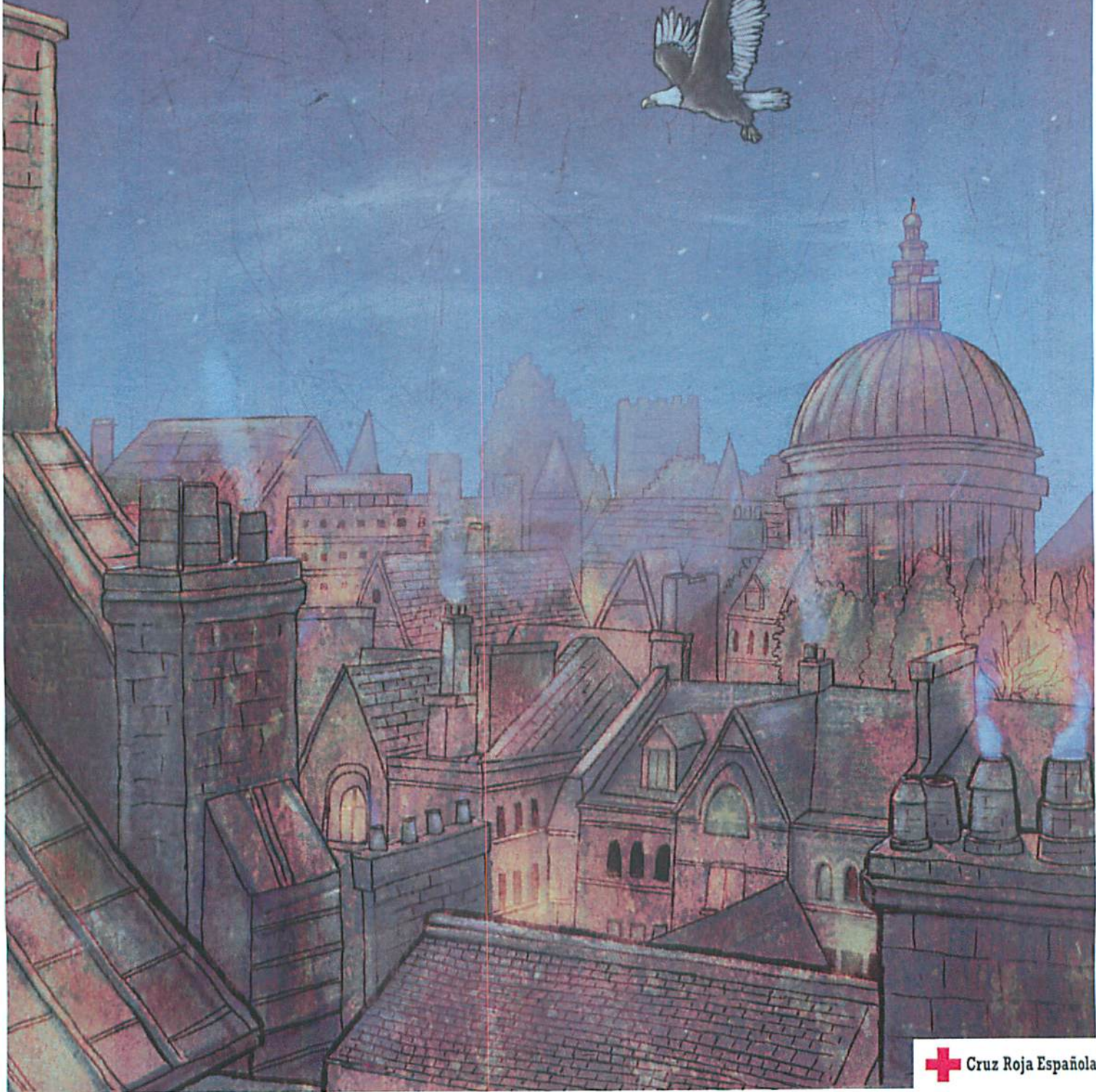


Como un águila



Autora: Paloma A. González Loché

Diseño de Portada: Joaquín Rosado Martel

**Derechos cedidos a Cruz Roja Española para el programa:
Alfabetización para Inmigrantes, año 2009**

COMO UN ÁGUILA

Hace mucho tiempo soñaba encontrar un mundo que, desde mi juventud de entonces, pretendía asemejarse al paraíso. Especialmente porque en aquella etapa de mi vida, la libertad en el país donde nací se encontraba cercenada, castrada.

Mi joven curiosidad de entonces me hacía dar vueltas y más vueltas a la idea de emprender la marcha y adentrarme en lo desconocido.

Algunos hablaban de las bondades de otras formas de vida distintas a la propia. De la libre cultura a la que en mi país no se tenía pleno acceso por la censura; de la enseñanza sobrevenida por el conocimiento de otros lugares y otras formas de vida. Cuántas veces pensé surcar el mar o el aire para encontrarlo. No habría sido la primera en mi familia, y seguro que tampoco será la última.

No estaba tan poco informada como para desconocer las situaciones que se vivían en otros lugares, mucho peor que el desconocimiento y oscurantismo que a mí entonces me tenía atenazada.

Mi deseo era saber por mí misma todo aquello que me relataban algunas de las amistades que tenía y que habían hecho un periplo similar por el extranjero. Sin ánimo de quedarse, como mucho para traer consigo a su regreso un nuevo idioma.

Durante las noches imaginaba mi entrada en otras ciudades: cálidas, lluviosas, soleadas o nevadas y siempre creía que en alguno de aquellos lugares encontraría cumplido mi sueño de juventud que ni siquiera conocía. Tenía la sensación de que ese viaje me traería algo que no era capaz de encontrar en mis propios espacios.

Y así seguía elucubrando e imaginando cosas, hasta que un buen día cumplí lo que yo creía era mi deseo. Sin embargo algo no funcionó en la forma que había esperado pues lo que yo ansiaba, aunque sólo en alguna medida, estaba dentro de mí aunque yo me empeñara en hallarlo fuera.

Salí al exterior. Tan imperioso e intenso era mi deseo de volar que comencé a mover los brazos agitándolos con fuerza y de repente se extendieron y poco a poco se convertían en vigorosas alas con sobrio y recio plumaje que me elevó algunos pies sobre el suelo para volver a caer sin dolor, lentamente.

«Si tuviera las garras del águila en lugar de mis pies —pensaba—, podría encaramarme a la rama más elevada del árbol más alto» y según discurría el pensamiento que dibujaba con fuerza en mi mente, así sucedió. Un leve impulso de mis alas me condujo de nuevo a la cúspide de un alto edificio desde el cual divisaba la múltiple variedad de tejados de la ciudad que se enseñoreaba de todo el paisaje nocturno en torno a mí.

Pero aún había más. Mi vista se había agudizado a un punto tal que podía percibir hasta el movimiento del más pequeño de los animales residentes en las alcantarillas a pesar de la altura a la que me encontraba, y vislumbré mi nariz junto a mi boca ahora convertidos en un flamante y poderoso pico.

Levanté el vuelo, titubeante e impreciso al principio. Poco a poco mi nueva figura tomaba la forma necesaria que permitía alejarme más y más del lugar adentrándome en otras tierras.

En mi rostro de águila el viento azotaba con fuerza, unas veces a favor y otras en contra de mi rumbo hacia nuevos parajes donde mis poderosas alas me conducían sin descanso.

Me adentré en el continente más cercano, al sur, vislumbrando países de Oriente Medio y África.

Desde arriba contemplaba la sinrazón de las guerras que veía, el dolor humano, la larga y desesperada huída de las poblaciones en un lento caminar a lo desconocido. Me apiadaba. En mi interior deseaba con fuerza entregarles un par de alas pero yo seguía y seguía volando y avanzando en mi afán de conocer.

Contemplaba, con inmensos sentimientos de piedad y tristeza, la violencia y el ensañamiento contra personas indefensas y lo que veía me obligaba a subir más y más sintiéndome impotente ante tanta iniquidad, y seguía mi rumbo; seguía volando sin descanso en una extraña búsqueda desconocida.

Desde arriba contemplaba el hambre y la sed, la soledad y la fatiga, y emprendí vuelos más largos, a un lado y a otro hasta descubrir otros parajes más allá de los mares adentrándome en Asia y de allí a Latinoamérica.

América del sur se asemejaba a un polvorín que, desde arriba, percibía igual que las poblaciones que sobrevolaba al comienzo de mi viaje: guerras o guerrillas, torturas, vejaciones, desolación. El sometimiento de la fuerza a la razón y la humanidad. Me embargaron sentimientos de tristeza y un no comprender los motivos de tanto daño del ser humano al ser humano. De tal desprecio al más débil y no variaba el panorama en lo más mínimo

Crucé nuevamente los mares volando hacia otros lugares más al norte. De nuevo en Europa busqué y rebusqué entre las nieves, las lluvias, las nubes y los valles soleados hasta llegar a una ciudad que había pintado en mis sueños como el paraíso.

En mi rápido vuelo reclamé otro ardiente deseo, igual a aquel que hizo que mis brazos se tornaran en alas. De esta forma pude volverme minúscula y adentrarme sin ser vista a alguno de los lugares donde se encontraban mis compatriotas.

Ahora aquí, ahora allá.

Algunos de mis amigos y amigas fueron como aves de paso. Era realmente muy duro aprender a hablar, pensar, convivir, actuar, y abrirte camino en idioma, costumbres y modos de vida ajenos a aquellos que conocieron tu infancia, y no tardaron demasiado tiempo en regresar a sus lugares de origen.

Otros persistieron en el empeño de mantener vivo el recuerdo, trasplantando al nuevo lugar las formas del país de origen y cerrándose en un círculo vicioso del que cada vez costaba más salir y provocaba mayor rechazo al entendimiento y la comunicación necesarios para la convivencia futura sin lograr adaptarse al país de acogida.

Los más afortunados y tras muchos esfuerzos lograron integrarse y poco a poco, adoptando las costumbres y usos de sus receptores, consiguieron una relativa felicidad pues aunque, ciertamente, seguían recordando a las personas que habían dejado pudieron

reconocer como propio el nuevo nido. Tanto, como para poder echar raíces sin miedo a un vendaval que pudiera arrancarlas.

—¡Despierte! Es el final de trayecto —escuché la suave voz de una dama dándome una palmadita en el brazo en la travesía del autobús que me llevaba a Whetstone, al norte de Londres.

Al principio me costó discernir en qué lugar me encontraba y aunque se había dirigido a mí en inglés, medio somnolienta, sólo fui capaz de responder «Muchas gracias» en mi propio idioma; ella me sonrió despidiéndose de mí.

Pronto comprendí el verdadero significado de mi sueño de entonces. Volar significaba la libertad representada por el *águila real* aunando el deseo de libertad, de evasión y de autonomía. Una libertad más allá de países y personas y un profundo deseo de saber y absorber conocimientos vedados. Todas aquellas cosas que sólo alcanzas cuando adquieres la madurez y ésta te permite el amplio vuelo del discernimiento, da igual en el lugar que te encuentres.

Tal vez por eso sólo fui un ave de paso.

Por: *Paloma A. González Loché*
Escritora